



Instituto de Hermanas Bethlemitas
Provincia "Nuestra Señora de Belén"



Oración reparadora

Mes de julio

LA RECONCILIACIÓN Y LA VIOLENCIA

¿Por qué solo el perdón y la reconciliación hacen posible la construcción de una nueva historia?

- *Canto*
- *Del Evangelio según san Juan 20, 26-29 (El Resucitado y Tomás)*

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con ustedes ». Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente». Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío». Le dice Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído». **Palabra del Señor**

Reflexionemos los numerales del 40 al 44 (Documento Base 53° Congreso Eucarístico Internacional)

40. En el texto de la multiplicación de los panes que nos regala el evangelista Lucas, no solo acontece el milagro del alimento abundante para todos, hasta saciarse y más, sino también el de una comunidad que, constituida en asamblea en torno su Maestro, recibe el mandato de la caridad; así, poniendo de lo suyo y su propio esfuerzo físico, sale de sí misma para alimentar a la multitud hambrienta. Signo profético eucarístico de un pueblo que no se encierra en el intimismo de sus templos, sino que es enviado por su Señor a ser pan partido ellos también para la vida y la fraternidad del mundo de hoy.

La reconciliación y la violencia

41. La acción sanadora de Cristo sobre el mundo se enfrenta a las dramáticas realidades de nuestra historia, en la que la violencia generalizada nos ha convertido a todos en víctimas y verdugos al mismo tiempo. En nuestro país, mayoritariamente católico, por ejemplo, hablar de fraternidad reconciliada puede tener un sabor de incredulidad al recordar lo acontecido en nuestras cárceles y en nuestras calles donde inocentes y culpables han perdido la vida sin discriminación, haciendo, por ejemplo, de los últimos años los más violentos de nuestra historia reciente.

Somos conscientes de que la redención es real, pero ésta tiene que llegar a su consumación definitiva. El mundo ha sido sanado, en su corazón y en su destino, aunque descubramos realidades donde esta sanación no se ha manifestado plenamente. La indignación frente a la violencia y el anhelo de solucionarla nos habla de la realidad cierta de ser sanados. Podemos comprobarlo en el testimonio de muchos hombres y mujeres, quienes, a partir del testimonio de Cristo, siendo sus discípulos misioneros, han sabido responder de manera evangélicamente diferente a la creciente violencia que azota nuestra manera "natural" de relacionarnos los unos con los otros.

El perdón: el ejemplo de Cristo

42. Estamos frente a una constatación y una búsqueda: el mundo está herido, urge encontrar caminos de fraternidad y no dejarnos vencer por la violencia que degrada a la persona humana y a toda la creación. Desde que tenemos memoria como humanidad, siempre han existido sociedades en conflicto donde acontece el fratricidio: el hermano mata a su hermano en una multiplicidad de formas. La Escritura también cuenta la misma historia, pero atravesada por la certeza de que Dios no está del lado del verdugo, sino de la víctima.

La revelación cristiana desarma el enigma del deseo violento, no porque anula el dinamismo de imitación que construye las sociedades, sino porque lo encauza hacia la verdadera imitación, a saber: no la imitación del verdugo, ni tampoco de la víctima rencorosa, sino la imitación de la víctima perdonadora, que es Cristo, el Hijo de Dios, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Los cristianos cada domingo en la celebración eucarística ponemos delante de nosotros al Crucificado, a Aquel que ofrenda la vida por Amor, Aquel que se parte y se comparte, Aquel que perdona a sus verdugos. Ni una palabra de venganza, ni un gesto de maldición.

Una fraternidad sanada: la gratuidad

44. Los relatos pascales de las apariciones de Jesús abren la posibilidad de construir una comunidad ya no en términos de rivalidad sino de gratuidad. Las llagas de la Pasión son mostradas por el Resucitado no para vengar la humillación sufrida y perseguir a los asesinos, sino para convocar a todas las naciones a creer en la Buena Noticia del perdón y la misericordia. Así el Resucitado hace posible celebrar la Eucaristía no en el llanto del sepulcro sino en la alegría de un mundo nuevo, donde es posible celebrar la reconciliación como don que transforma las relaciones fraticidas en comunidad de hermanos.

Gracias a este acto de gratuidad absoluta del Cordero inmolado, que es Cristo Jesús, es posible pasar de la memoria desdichada de las víctimas, cuya sangre clama al cielo, a una memoria dichosa que integra el clamor de fraternidad en un acto universal que reconcilia a todos. No se trata de un simple indulto para los culpables, ni de la triste complicidad que aliena a la víctima, sino de la reconciliación como capacidad de hacer nuestra la miseria del otro en un acto de perdón, condición de posibilidad de una historia nueva y de una nueva creación.

Es el Cordero de Dios que expresa plenamente la lógica eucarística del don que salva, como ya había anunciado Isaías: «En sus heridas hemos sido curados» (Is 53, 5c). La invitación de Jesús «denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13) y la del Cristo pascual en el memorial eucarístico «hagan esto en memoria mía» (Lc 22, 19) nos aseguran que no hay otro camino para reconstruir la fraternidad que dar la vida y darla hasta el extremo, como fieles discípulos misioneros de Aquel que es alimento de vida eterna. Una vida que se parte y se comparte hasta saciar el hambre de fraternidad de todos los pueblos y culturas. «Qué lindo sería que todos pudieran admirar cómo nos cuidamos unos a otros. Cómo mutuamente nos damos aliento y cómo nos acompañamos. El don de sí es el que establece la relación interpersonal que no se genera dando "cosas", sino dándose a sí mismo. En cualquier donación se ofrece la propia persona. "Darse", darse, significa dejar actuar en sí mismo toda la potencia del amor que es Espíritu de Dios y así dar paso a su fuerza creadora».

- ¿Las heridas del resucitado nos hablan del triunfo de la vida? ¿Por qué?
- ¿Cómo se debe expresar mejor la dimensión sanadora de la Eucaristía en la comunidad?

Pensaba y decía Nuestra Madre Encarnación Rosal:

"Si el Corazón de Jesús es nuestro escudo y defensa, los hombres en el peligro nos abandonan, pero Dios no, así es que convencidos de eso en cualquier parte que estemos, si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?"